

Diana Fernández Fernández:

Anatema



distinguir un libro de otro y, éste, de un tercero. Es decir, si cualquier circunstancia hiciera ilegible el apelativo de la marca, debe bastar un simple examen para identificar a su poseedor.

Todo ex libris ha de ser personal y característico, es decir, ninguna imagen, destinada a marca de biblioteca, puede servir para otra.

Todo ex libris debe ser artísticamente irreprochable e intelectualmente reflexivo.

En síntesis, un ex libris debe resaltar la profesión o aficiones de la persona a que va destinado a través de un símbolo que constituya el fondo —o uno de los elementos de la composición— satisfaciendo, de este modo, su característica de objeto personal e intransferible. Una rica tradición, sin duda alguna, de la Intelectualidad a lo largo de la historia.

Los dos troncos comenzaron a sudar. Los jóvenes arrimados no se percataron, hasta que la saya de la muchacha estuvo lo bastante embarrada de la pegajosa resina. La muchacha hizo una exclamación de asco y asombro, y se separó, arrastrando tras de sí a su pareja, apresuradamente. Los troncos sudaron con mayor profusión.

El Hombre iba a lanzarles una maldición. Eso era seguro. Ella no creía mucho en maldiciones, pero su madre le aseguraba que existía el espíritu perro esperando siempre a que alguien lanzara una maldición sentida para ir a cumplirla de inmediato. Ella no creía en el efecto de las maldiciones pero de que el Hombre iba a lanzar una bien sentida, no tenía la menor duda.

Ella y Él se conocieron en la calle, simplemente en una parada de guaguas. Nadie los presentó, se conocieron y punto. La atracción les llegó entre omnibus y gentes. Él pudo haber mirado a cualquier otra: había muchas de todas las edades y tipos, pero sus ojos fueron derechos a Ella. Ella pudo haber mirado a cualquier otro hombre: la parada estaba llena de ellos, de todos los tipos y edades, pero Ella no miraba a ningún otro desde que se casara con el Hombre. Con el Hombre hizo el amor todos los días de su vida desde entonces, siempre un amor aburrido, monótono, con orgasmos forzados y forzados, imaginando escenas eróticas de todo tipo, estimulando con fantasías su libido hastiada, para que el Hombre supiera que Ella había sentido, porque el Hombre era muy perspicaz y habría notado cualquier disimulo.

Cuando Ella y Él se miraron, se estableció una corriente eléctrica. A ella se le erizaron todos los vellos del cuerpo, la piel se le puso de gallina y se sexo se humedeció —normalmente tenía que esforzarse para que eso ocurriera—; Él tuvo una erección sostenida, casi lo sorprende un orgasmo espontáneo en plena calle. Ella entrecerró los ojos y caminó hacia Él. Despacio. Se agarraron, allí mismo, las manos, —las dos manos, no una de las manos—, sin que mediaran palabras, y se fueron caminando delante de todos, sin importarles que decenas de ojos conocidos los siguieran por la acera.

Ella sabía que el Hombre lo descubriría de inmediato, y que lanzaría su maldición, era un Hombre de maldiciones, pero qué iba a hacer, era su destino. Él lo supo también, desde antes que ella le contara; sabía que el Hombre era posesivo y macho y maldecidor de las gentes, porque lo había oído hablando y maldeciendo muchas veces, en el barrio, pero no le importó, era su destino. El amor que despertaron les hizo olvidar todo. El tiempo, el viento, los ciclos vitales, todo, se detuvo para ellos.

El sexo fue violento. No había cama, ni techo, ni muros, ni limitantes para no gritar. Toda la animalidad y la ternura se desencadenaron a una vez y se trenzaron, formando telarañas de embriaguez, de irrealidad. Flotaban. Antes de la penetración sus pieles relucían ya con todos los líquidos del amor: la saliva, el sudor, el semen de los orgasmos de Él, la sabia de los orgasmos de Ella. Cuando se produjo la penetración, se tambaleó el espacio que los acogía, Ella no pudo reprimir un impulso de agarrar con sus manos aquel miembro amado que entraba en su cuerpo, y lo acompañó largo tiempo, hasta que sus manos quisieron encontrar otras partes, también viriles, aunque desacostumbradas. Ella no percibía los movimientos espasmódicos y continuos de ambos, sólo existía su útero tocado una y otra vez, con fuerza; los ojos de Él cogidos a su cuerpo, y sus gemidos y los de Él conformando un rugido, una sinfonía acompañada de jadeos y latidos rompedores de músculos y piel. Ella no necesitó imaginaciones eróticas de otros, ni palabras estimuladoras habladas por Él; las palabras llegaban solas telepáticamente; las imágenes en su cabeza eran ellos dos, multiplicados. Él no dijo nada con la boca, de su boca salía sólo la lengua buscadora de los mejores rincones; perdió la noción de su propio cuerpo, y de sus plenas; sus manos recorrían cada poro, abarcando los temblores de la piel de Ella. Cuando la penetró sintió que se quedaría allí, intemporalmente, ésa era la eternidad, ése el segundo supremo y metamorfoseo. Olvidaron por completo al Hombre y su maldición.

Sin embargo el Hombre no los olvidó. Cuando supo —en pleno partido de dominó—, dudó algunos instantes en maldecirlos; al fin y al cabo Ella era la madre de los hijos que no quiso

tener. Pero después no dudó más y subió a la azotea; allí invocó sus divinidades oscuras y lanzó una maldición, la más sentida de su vida.

Ella y Él no notaron la llegada de la maldición. Y la maldición llegó. Cada vez eran más uno que dos y eso los llenaba, estimulaba sus deseos y los hacía percibir nuevas sensaciones y olvidar las viejas. Se movían entrelazados, ocupando el espacio de sus propios cuerpos. Al levantarse no pudieron caminar, pensaron que el agotamiento los vencía. Intentaron despegarse para descansar unos minutos, pero ya estaban adheridos irremediadamente el uno al otro, la piel abruptamente endurecida, los pies sembrados en la tierra. La inmortalidad les pertenecía para hacerse el amor a cada hora, a cada segundo. Nunca se aburrirían, echarían hojas brillosas como los labios de Ella y vigorosas ramas como el sexo de Él: nadie querría talar un árbol tan hermoso; los rumores de su embrujo les deparaban encanto, y ellos seguirían sudando, a cada instante, los jugos de su sexo ininterrumpido, interminable, vegetal; retorciendo y apretando sus dos troncos como uno, amparados en lo impune de la soledad.



Lourdes Quiroz de Alanís. México. Revista Archipiélago 38. México



Diana Fernández Fernández. La Habana, 1956. Pedagoga y traductora de la lengua rusa. Revista Archipiélago 38. México